

la mesa con quien no fuese desabrida; y ninguno de nosotros estaba resignado á someterse. Rogers sonreía desdeñosamente; Sydney se burló despiadadamente de ella; Tomás Moore la miraba de la manera más impertinente; Bobus la bajó los fueros con la rudeza más descarnada; y yo la traté con la más fría cortesía. Allen se enfureció con todos nosotros, y especialmente con Sydney, que estuvo tremendo. Cuando se fueron ella y todos los demás, Rogers nos hizo sentarnos á Tomás Moore y á mi con él durante media hora, y charlamos sobre los sucesos de la noche. Rogers decía que el ardimiento de Allen en defensa de su soberana era lo mejor que había visto en él. Apenas estuvimos Tomás y yo en la calle, me dijo él á boca de jarro: «¡Que un pez como Rogers diga tales vaciedades, y crea que Allen tiene apego á nada fuera de su comida! Allen lo que estaba es quemándose de envidia al vernos á todos tan independientes, teniendo él conciencia de su propia servidumbre.»

Lady Holland ha mejorado mucho con esa disciplina. Me ha abrumado después á fuerza de atenciones é invitaciones. He dado por fin con la causa de su mal humor, ó, por lo menos, de la parte que me tocó á mí. Está rabiosa por mi artículo sobre Walpole, pero ignoro por qué parte de él. Sé que es íntima de los Waldegraves, á quien pertenecen los manuscritos, y en cuyo beneficio se publicaron las cartas. Pero mi crítica no era para perjudicar á la venta del libro. Lord Holland me dijo en un aparte que estaba completamente de acuerdo conmigo, pero que haríamos mejor en no discutir el asunto.

Una esquela; y por cierto de Lady Holland: «Querido Mr. Macaulay: Le ruego que se abrigue bien, y se venga con nosotros el miércoles.» No, mi buena se-

ñora. El miércoles estoy convidado á comer en la Albion Tavern con los directores de la Compañía de las Indias Orientales, ahora mis servidores, y en la próxima semana, supongo, mis amos.

Tuyo siempre,

T. B. M.

*A Ana M. Macaulay.*

Londres, 22 de Noviembre de 1833.

Mi querida hermana: Se ha aplazado una semana la decisión; pero no es de presumir un resultado desfavorable. Los presidentes han recogido las opiniones de sus colegas; y resulta que, de veinticuatro directores, sólo seis ó siete votarán contra mí.

El miércoles comí con los directores en la Albion Tavern. Había unas sesenta personas, entre ellas varios militares eminentes. La gran afabilidad con que varios de los directores pidieron serme presentados, y brindaron por mí en el banquete, me indujo á creer que los presidentes no han exagerado las disposiciones del Consejo. Uno de ellos, gran amigo de nuestro tío el general, me dijo con todas sus letras que se alegraba mucho de saber que yo iba á estar á su servicio. Otro, á quien no conozco siquiera de vista, instó al presidente á proponer mi brindis. El presidente, con buen acuerdo, se negó. Hubiese sido un trance difícil tener que dirigirles un discurso en las presentes circunstancias.

No hay que decir, cariño mío, que todos tus gastos desde el día de mi nombramiento corren de mi cuenta. Mi pensamiento actual, después de oír á gente cono-

cedora de la India, es no cargar la mano en el equipaje. Llevaré sólo lo necesario para el camino. Vajilla, vino, muebles, cristalería, porcelana, lo mismo pueden comprarse en Calcuta que en Londres. No tendré bastante dinero para equiparme aquí de tales cosas espléndidamente; y equiparme ruinmente sería una locura. Calculo que todos nuestros gastos de pasaje quedarán dentro de las 1.200 libras que da la Compañía. Mi cuenta es que nuestros camarotes y la mesa nos costarán 250 libras á cada uno. El pasaje de nuestros criados, 50 libras por persona. Son 600. Mi ropa, etc., como dice Mrs. Meeke (1), no pasará de seguro de 200 libras. La tuya, naturalmente, será más. Te mandaré 300 libras para que las gastes como quieras. No es que hayas de reducirte á eso de ningún modo; pero tú preferirás, probablemente, tener una suma, á mandarme las cuentas de tu modista. Pongo para equipo de mi criado 50 libras, y otro tanto para tu doncella. El total será 1.200 libras.

Una palabra sobre tu doncella. Debes elegir con gran precaución. Hasta aquí la Compañía ha exigido que todas las señoras que llevasen doncellas de nuestra patria á la India se comprometiesen á restituir las á su país en el plazo de dos años. La razón de esto era que no hay una clase que se conduzca peor en Oriente que la servidumbre femenina de nuestro país. Generalmente tratan á los indígenas con la mayor insolencia: una insolencia bastante natural en gentes acostumbradas á la subordinación con respecto á otros, cuando por primera vez encuentran una gran población colocada en una relación servil respecto á ellas. Luego el estado social es de tal índole, que es muy

(1) Mrs. Meeke era su predilecta entre los malos novelistas.

fácil que lleguen á ser amantes de los europeos ricos y se pavoneen en magníficos palanquines, atrayendo el descrédito sobre su país con la inmoralidad de su vida y la bajeza de sus maneras. Por estas razones la Compañía ha exigido hasta aquí que fuesen reembarcadas á expensas de los que las llevaron. La última ley permitirá á tu doncella estarse en la India, si quiere. Espero, pues, que te mirarás en la elección. Ya comprendes lo que importa. Si es de mal carácter y altanera, puede destruir la ventura y armonía de nuestra servidumbre indígena, que se compondrá probablemente de sesenta ó setenta individuos. Si fuese débil y vana, probablemente contraería relaciones fatales para su moralidad y su reputación. No soy un predicador, como sabes muy bien; pero estoy profundamente penetrado de la responsabilidad que asumiremos los dos con respecto á una pobre muchacha puesta por nosotros en medio de tentaciones de que ella no tiene conciencia, y que han trastornado muchas cabezas que hubieran podido permanecer bastante firmes en una tranquila *nurse* ó cocina de Inglaterra.

Encontrar un hombre y una mujer que nos conviesen, sería difícil; y además, me parece justo ofrecer á mi amanuense que se venga conmigo. Es honrado, inteligente y respetuoso; y como propende algo á la consunción, quizá puede serle beneficioso el cambio de clima. No puedo hacerme á la idea de dejar sin pan á una persona que ha estado á mi lado cinco años, y de quien no tengo nada que decir, pudiendo, como puedo, conservarla á mi servicio.

Siempre tuyo,

T. B. M.

Londres, 5 de Diciembre de 1838.

Querido lord Lansdowne: He dilatado hasta hoy la respuesta á su bondadosa carta, á fin de poder darle noticias definitivas. Ayer noche me designaron los directores para ocupar un puesto en el Consejo de la India. Tuve diez y nueve votos á mi favor y tres en contra.

Sé que es grande el sacrificio que voy á hacer. Pero los motivos que me excitan á hacerle son absolutamente irresistibles. Cada día que vivo siento menos apego á la riqueza; pero cada día comprendo más la importancia de una posición desahogada. Sin una posición desahogada no le es muy fácil ser honrado á un hombre público; es casi imposible que se le tenga por tal. Yo me hallo en tales circunstancias, que no puedo subsistir más que de dos modos: mediante un destino ó mediante mi pluma. Hasta aquí la literatura ha sido simplemente mi expansión, mi recreo durante cosa de un mes al año. Nunca la he mirado como un medio de subsistencia. He elegido á mi albedrío los asuntos, aprovechando las ocasiones propicias y dictado condiciones. La idea de depender de un editor; de escribir, no para dar desahogo á exuberancias del espíritu, sino para remediar escaseces de la bolsa; de espolear á una imaginación fatigada para que saque fuerzas de flaqueza; de llenar cuartillas de fárrago simplemente por llenarlas; de sufrir de editores y directores lo que Dryden sufrió de Tonson y lo que yo sé que Mackintosh sufrió de Lardner, todo eso es horrible para mí. Sin embargo, así tendría que ser, si dejase el destino. Pero desempeñar un cargo

simplemente por el sueldo sería más horrible todavía. La situación en que me he visto algún tiempo atrás hubiese acabado con los ánimos de muchos hombres. De mí ha tendido á hacer el más rebelde é indómito de los secuaces del gobierno. Dos veces presenté mi dimisión durante la última legislatura. No hubiera procedido así ciertamente, á ser un hombre de fortuna. Usted, á quien la misma malevolencia no pudo acusar nunca de codiciar un puesto por la ganancia pecuniaria, y para quien el sueldo es compensación harto mezquina del sacrificio que hace usted de su bienestar y de sus aficiones en aras del bien público, no puede apreciar debidamente los sentimientos de un hombre que, por sus circunstancias, sabe que está expuesto á la sospecha de obedecer en su conducta pública á los móviles más bajos. Una ó dos veces, defendiendo en la Cámara de los Comunes medidas impopulares, me ha desconcertado ese pensamiento, haciéndome perder la presencia de espíritu.

Pero no es esto todo. Yo no soy solo en el mundo. Depende de mí una familia á quien quiero entrañablemente. A menos de ver á mi padre abandonado en su vejez á la caridad de parientes menos cercanos, á mi hermano menor imposibilitado de adquirir una buena educación profesional, y á mis hermanas, que son para mí más que para cualquier hermano las suyas, obligadas á hacerse institutrices ó humildes señoritas de compañía, necesito hacer algo, necesito hacer algún esfuerzo. Se me ha ofrecido una ocasión. Está en mi poder hacer gratos los últimos días de mi padre, educar á mi hermano, atender á mis hermanas y procurarme á mí mismo lo necesario para vivir. Puedo prometerme volver á Inglaterra á los treinta y nueve ó cuarenta años con una fortuna de

treinta mil libras. Eso para mí sería la riqueza. Nunca deseé más.

Por lo que atañe á la política inglesa, pierdo, es verdad, unos cuantos años. Pero si su bondad de usted no me hubiese llevado al Parlamento; si yo hubiese tenido que seguir el camino ordinario de mi profesión y elevarme por mis propios esfuerzos, hubiese tenido muy pocas probabilidades de estar en la Cámara de los Comunes á los cuarenta años. Si he adquirido alguna distinción á los ojos de mis compatriotas; si he adquirido algún conocimiento en las materias parlamentarias y gubernamentales y algún hábito en el manejo de los grandes asuntos, todo esto debo considerarlo como ganancia neta.

Además, los años de ausencia, aunque perdidos, por lo que atañe á la política inglesa, espero que no serán perdidos del todo para mi espíritu y para el bien de mis semejantes. Yo apenas concibo campo más noble para un estadista que el que ofrece ahora nuestro imperio indio. Mientras que algunos de mis amigos parciales me censuran por rebajarme á aceptar una participación en el gobierno de ese imperio, yo tengo el temor de aspirar á una empresa demasiado alta para mis fuerzas. A veces, lo digo sin afectación, me aterra y acobarda la inmensa responsabilidad que voy á contraer. Usted es uno de los poquísimos hombres públicos de nuestro tiempo que han concedido á los asuntos de la India la atención que merecen, y, por lo mismo, tengo la seguridad de que me comprenderá usted perfectamente.

Y ahora, querido lord Lansdowne, permítame manifestarle mi viva gratitud por el bondadoso sentimiento que ha dictado su carta. Esa carta no es más que una parte pequeñísima de lo que yo tengo que

agradecerle. Si en edad temprana he adquirido alguna reputación en la vida pública; si he hecho algún pequeño servicio á más de una buena causa; si ahora me encuentro en situación de reparar los quebrantos de la fortuna de mi familia, y de salvar á las personas que más quiero de la miseria y de la humillación de la dependencia; si estoy casi seguro, caso de vivir, de conquistarme una posición desahogada por medios honrados antes de pasar del pleno vigor de la vida, todo eso lo debo á su bondad. Nada más diré. Sólo le ruego que esté firmemente convencido de que ni ahora ni antes de ahora he dicho jamás una milésima parte de lo que siento.

Si no hay inconveniente en ello, deseo ir á Bowood el miércoles próximo. Me acompañará Labouchere. Los dos tendremos que volvernos el sábado. Aunque corta, pienso con gran placer en esa visita.

Créame siempre muy sinceramente suyo afectísimo,

T. B. MACAULAY.

*A Ana M. Macaulay.*

Londres, 5 de Diciembre de 1833.

Mi querida hermana: Estoy abrumado de trabajo, desenredándome de lo pendiente aquí, y preparándome para mis nuevas funciones. Llueven sin parar planos de buques y cartas de capitanes. Me veo asediado de señores que solicitan el honor de llevarme á la India cuando yo quiera. El hecho es que un miembro del Consejo es un gran negocio, no sólo por el precio subido que paga él, sino por las personas que

atrae. Todo padre de un muchacho que necesita hacer carrera quiere que su hijo vaya en el mismo buque que el gran hombre, coma á la misma mesa y tenga probabilidades de atraer su atención. En la India todo lo da el gobernador en Consejo; y, aunque yo no tengo intervención directa en la distribución de destinos, mi influencia indirecta puede ser grande.

Me es imposible decirte cuánta ha sido la bondad de Grant en estas negociaciones. Ayer me dijo con lágrimas en los ojos que no sabía lo que iba á hacer el Consejo sin mí. Yo atribuyo este sentimiento en parte á la ausencia de Roberto Grant; y no porque Roberto me hiciese mal tercio, ni mucho menos, sino porque Grant es un hombre que no puede estar solo. Es—y perdona por la falta de galantería—un espíritu femenino. Busca, como la hiedra, algún apoyo. Cuando tiene á Roberto á su lado, se agarra á Roberto. Cuando le falta Roberto, se agarra á mí. Esto puede ser un defecto en un hombre público; pero, por eso mismo, le quiero yo más.

Ultimamente me he encontrado en una comida con sir James Graham. Me llevó á un rincón, y me habló sobre mi nombramiento con una bondad tan calurosa que, aunque siempre hemos estado en buenos términos, me sorprendió. Pero la proximidad de una separación prolongada, al modo de la separación de la muerte, hace brotar todos los sentimientos amistosos con una fuerza insólita. El gabinete, decía, siente vivamente la pérdida. La pérdida era grande en el Consejo de la India, pero era irreparable (repitió la palabra varias veces) en la Cámara de los Comunes. Sin embargo, dijo, todos convienen en que un hombre honrado no puede tomar como profesión la política, á menos de disfrutar de una posición acomodada, sin ex-

ponerse á las más duras privaciones. Comprendían que no había estado en su mano hacer por mí todo lo que deseaban. No tenían medios de darme lo que necesitaba en Inglaterra, y no podían negarme lo que pedía en la India. Me dijo con un tono de decidida convicción que, en sentir de ellos, yo obraba cuerdamente; y añadió que, si Dios oía sus votos, y conservaba mi salud, yo haría mucha más figura en la vida pública que si permaneciese en Inglaterra los cinco ó seis años próximos.

El otro día vi en un almacén de estampas algunas vistas soberbias de los suburbios de Chowringhee y de las *villas* del Garden Reach. Selina confiesa que se le ponen los dientes largos al ver aquellas preciosidades de casas y galerías. Yo desearía vivamente que estuviésemos de vuelta en una casa sencilla de ladrillo, de tres ventanas de fachada, en Cadogan Place ó Russell Square, con mis doscientas ó mil quinientas libras anuales y una alcoba de reserva (nosotros, como Mrs. Norris (1), debemos tener siempre una alcoba de reserva) para Eduardo y Margarita. Mi cariño á los dos.

Siempre tuyo,

T. B. M.

*A Macvey Napier, Esquire.*

Londres, 5 de Diciembre de 1833.

Querido Napier: A usted no le cogerá de sorpresa probablemente lo que tengo que decirle. Anoche los

(1) Uno de los personajes principales del *Parque de Mansfield* por miss Austen.

directores de la Compañía de las Indias Orientales me eligieron miembro del Consejo Supremo. Será, pues, menester que dentro de unas semanas, diez á lo sumo, abandone este país por unos cuantos años.

Sería vana afectación en mí pretender ignorar que mi concurso sea de alguna importancia para la *Revista de Edimburgo*. En la situación en que ahora voy á encontrarme, será de alguna importancia para mí conservar mis relaciones con la *Revista*. Sé bien cuán peligroso es para un hombre público apartarse totalmente de las miradas públicas. Durante una ausencia de seis años, corro algún riesgo de perder mucho de la reputación literaria y política que he adquirido. Como medio de conservar mi nombre en la memoria de mis compatriotas durante mi estancia fuera, la *Revista* será inapreciable para mí; y no sospecho que haya la menor dificultad en que yo continúe escribiendo para usted, tanto, por lo menos, como antes. He dado vueltas en el pensamiento á mis últimos artículos, y á duras penas recuerdo una sola frase que no hubiera podido escribir en Calcuta tan fácilmente como en Londres. Quizá en la India no hubiese tenido medios de descubrir dos ó tres de las fechas falsas del Boswell de Croker. Pero á eso se reducirá todo. Muy poco ó nada del éxito que han conseguido mis artículos más populares, se debe á investigaciones minuciosas, hechas en libros raros ni á alusiones á meros temas del día.

Opino, pues, que podemos establecer con facilidad un comercio mutuamente beneficioso. Yo desearé recibir todos los libros buenos que vean la luz en esta parte del mundo. Muchos, que en sí sean de poco valor, y que si yo estuviese en Inglaterra no consideraría dignos de leer, serán interesantes para mí en la

India, exactamente del mismo modo que los chafarri-  
nones más comunes y los cacharros más toscos de Pompeya atraen la atención detenida de personas que no moverían los ojos para ver una muestra pintada ó una olla moderna. La distancia en el espacio como en el tiempo, da valor á lo insignificante.

Lo que propongo, pues, es que usted me pague los artículos que le envíe desde la India, no en dinero, sino en libros. En cuanto al importe, no pongo condiciones. Sabe usted que nunca he disputado sobre tales cosas. En cuanto á la elección de libros, forma de enviarlos y demás particulares, tendremos tiempo de sobra para discutirlos antes de mi marcha. Usted me dirá si está dispuesto á hacer un trato sobre esta base.

No he olvidado á Chatham en medio de mis ocupaciones. Espero mandarle á usted un artículo sobre él á principios de la semana que viene.

Siempre sinceramente suyo,

T. B. M.

*Del muy honorable Francisco Jeffrey  
A Macvey Napier, Esquire.*

24, Moray Place.

Sábado por la noche, 7 de Diciembre.

Mi querido Napier: Le agradezco mucho el permiso de leer ésta. Le confesaré que es para mí un anuncio solemne y triste. Quizá no debo considerarlo así; pero no puedo remediarlo. Yo no estaba preparado para seis años, y he de esperar aún que no sea tanto. A mi edad, y con aquel clima para él, ese plazo pone